
ÁNGEL GONZÁLEZ

Otoños y otras luces

Barcelona, Tusquets, 2001, 80 p.

Tan esperado como breve, este libro del poeta asturiano Ángel González, tras ocho años de silencio desde *Deixis en fantasma*, de 1992, continúa el pertinaz ejercicio de mostrarnos un sujeto poético amarrado en los límites –los “otoños”– del decir y del ser, y, simultáneamente, atravesando, cauto pero contundente, esos mismos límites, en la búsqueda, también siempre esperanzada, de las “otras luces”. Doble empresa que en éste, como en aquel otro texto, exhibe las señas de una identidad justificada como tal para espacializar, en el territorio acotado de una voz y de un cuerpo, el paso del tiempo, tema fundamental de la poesía gonzaliana, heredera, en múltiples sentidos, de las propuestas “temporalistas” de Antonio Machado. En este caso, haciendo del tiempo (en su fluencia ingobernable) un espacio en desconcierto, el escenario dispuesto para un solo actor, bajo la máscara de dos personajes: el “yo”, poroso en sus fronteras, desleído y frágil en su integridad y, al mismo tiempo, empeñado en dar batalla a la caída. Escenario funambulesco construido por las puetas de estos dos equilibristas, tensados sus cuerpos en la sola y letal extensión de una misma soga, a punto siempre de caer uno en brazos del otro, uno contra el otro, y los dos al vacío. En esta lucha entre los pares que nos constituyen (tras cierta edad, con cierta vida encima), Ángel González profundiza, con matices diversos, el acento elegíaco que dominara en sus primeros libros (entre ellos *Áspero mundo*, de 1956) y que sería un componente esencial en los siguientes, aunque en tensa armonía con su utilización desafiante e impiadosa de la ironía y el sarcasmo.

Dividido en cuatro partes (“Otoños”, “La luz a ti debida”, “Glosas en homenaje a C. R.” y “Otras luces”), la primera de ellas da cuenta, mediante el correlato de las estaciones (terminales, nunca plenas, a medio iluminadas), del ocaso de una experiencia del mundo, de los cercos temporales de una vida. En el poema inicial, “El otoño se acerca”, cifra y pórtico, la obstinación del verano no puede con la terquedad del otoño, y, en esa lucha, el “ángel” de “luz, o fuego, o vida”(p. 11) es el que finalmente será derrotado. Ese ángel es el ángel y es Ángel, como otras veces, perdida su plenitud, en apariencia para siempre, el



“ciego” que “nada ve, nada escucha”, congelado en la “nevada súbita” (“Ciego”, p. 17). Del invierno al otoño nuevamente, en este singular sucederse de las hojas del calendario, “Este cielo” (p. 19) es antesala bella, a pesar de todo, de la oscuridad futura: otoño que es “crepúsculo”, “acorde final”, “piadosa moratoria” de la vejez y de la muerte. “Estampa de invierno” (p. 21) reconstruye en el yo el espacio del tiempo, el espacio contundente de un tiempo contundente: el del invierno, el del “frío”, “cuchillo”, “galgo”, “calles vacías y lluviosas”, “remotas estancias en penumbra”, “sótanos sombríos / en cuyos muros reverbera el miedo”. La quietud de la “estampa” –registro del instante en el movimiento anulado por la mirada fotográfica del presente– se conjuga con el “yacer” y las “evocaciones” del sujeto de “memoria desquiciada”: invierno íntimo del alma, invierno del alma, cuya morada es interior y no exterior, galerías del alma a la búsqueda, ociosa y torturada, de lo que ya se ha encontrado: la conciencia del final. Con el peso abrumador de esa conciencia se cierran los últimos versos de la sección: “Qué lejos, siempre entonces ya de todo / incluso de mí mismo; qué solo y qué perdido yo, / aquí o allí” (“Aquí o allí”, p. 23).

La segunda parte, “La luz a ti debida”, (Garcilaso, Salinas...) introduce en este recorrido la figura del amor. “Palabras que se encuentran” del mismo modo “que dos cuerpos que se aman” (“Estos poemas”, p. 27), los textos de esta sección atraviesan, como en la anterior, los territorios del otoño, a veces del invierno, y otras, los de la luz, que finalmente parece imponerse en esta pugna de adversarios con fuerzas desparejas. La mirada deslumbrada y auroral de ella ilumina también, como “heliotropo”, “vencido el dulce gesto”, el rincón de “sombra” desde donde el sujeto, a la vez, la mira (“Fiel”, p. 31). En este espejo amoroso, en este pacto de miradas reales y soñadas, el sujeto poético, con esperanza irrenunciable, intenta desplazarse hacia ese “claro mirador de tus pupilas”, para fusionarse con ellas, pero el tránsito es vano, e invierte la perspectiva de la primera ilusión: “Y fuiste tú la que acabaste viendo / el fracaso del mundo con las mías” (“Quise”, p. 33). El fin del amor duele en la voz elegíaca de la “Canción de amiga” (p. 39), espacio de otro “invierno” más gélido aún, el de la experiencia de la soledad. Tras el canto lírico de ausencia, desde un registro más coloquial, “Esto” (p. 41), el yo se mira en su patético papel del “agonista” de “torpe actuación”, de “infausto destino”, “pobre diablo” que trama su desgracia. Condición antiheroica de un individuo que ya no tiene dioses contra los que luchar (o aceptar) ni el escenario de grandeza adecuado para tal empresa. El poema de cierre y que da nombre a la serie, “La luz a ti debida” (p. 45) vuelve sobre “la mirada curiosa y asombrada” de la mujer, su capacidad de dar luz al mundo, el deseo del sujeto de ver ese mundo a través de sus ojos: “déjame verte cuando tú me miras / también a mí, asombrado / de ver por ti y a ti, asombrosa”. El “asombro” es la palabra clave en la construcción de esta experiencia: asombro instalado en la mirada de ella, incorporado por su gracia a la de él, y que permite, a ambos, contemplar el mundo, “la belleza del mundo”, con ojos aurorales.

Elogio, celebración de esta manera de mirar (que nos devuelve, en el reflejo misericorde de un mundo renovado, el rostro entero al que aspiramos) es la tercera parte, “Glosas en

homenaje a CR”, que González dedica a su ya muerto compañero generacional, el poeta Claudio Rodríguez. Cinco poemas, cinco rituales, que disponen ante nosotros la maravilla, el asombro y el canto con los que intentó comulgar (aunque con progresivo escepticismo) el poeta de *Don de la ebriedad*. La muerte es el camino de la desposesión total a la que el poeta aspiraba para ser, finalmente, “el delator del mundo / en sus formas más libres y más puras” (III, 53), en la palabra “salvadora y salvada”, expresión singularísima de la “infinita materia de [su] canto”(V, 57).

La cuarta y última sección, “Otras Luces”, traza la perplejidad desafiante del claroscuro, donde los funámbulos libran su última batalla. Si en el primer poema “Alba en Cazorla” (p. 61) el “mundo iluminado” por ojos también iluminados es quien le cede a la luz la suya propia,

“Viejo tapiz” (p. 63) opone a esa mirada inocente un retazo de la historia española, el de la infancia de posguerra: “la trama de la vida” es una tela rústica pero terca en su “esperanza”, dorada en su extremo por unas “hebras de amor” inalcanzables. Luz deseada y perdida por un sujeto errante y extraviado, “un niño que corría / no sé de qué o hacia dónde”. Tras el espejo del espejo, evocado bellamente en “Luna de abajo” (p. 67), como ideal también inalcanzable, las dos secuencias de “Versos amebeos” (p. 71 y 73) exponen, contrapuntísticamente, la experiencia del sujeto ante la llegada del día. Luz nueva que acecha como “perros” cuya furia desgarrante inicia la pesadilla de la vigilia y, luego, la convocación evangélica de ese “espacio azul” como el portador de una transformación esencial para el recién salido del sueño: “hágase en mí tu transparencia, / sea yo en tu claridad”. “Dos veces la misma melodía” (p. 77) recrea la sentencia heracliteana bajo el motivo de la música, también distinta e igual a sí misma. El paso del tiempo parece detenerse, paradójicamente, en esa repetición por la que “todo fluye” y entonces, al fluir, regresa: “Y todo permanece / no en la memoria de un ayer no muerto, / sino en su terco, reiterado canto”. El poema que cierra la sección y el libro en su conjunto, “Aquella luz” (p. 79), invoca con voz deseante “¡volver a ver el mundo como nunca / había sido!” y establece una tregua: “Aquella luz que iluminaba todo / lo que en nuestro desco se encendía / ¿no volverá a brillar?”. Esta interrogación última nos entrega la doblez, el trazo ambivalente (impredecible, rico) de la lucha en el tiempo, desde el tiempo, sostenida a lo largo de este libro: la de dos equilibristas ahora a la espera, midiendo ya sin ira sus fuerzas, reconociéndose, finalmente, en su complementariedad: otoños y otras luces.

MARCELA ROMANO
Universidad Nacional de Mar del Plata

